



DOS
MUJERES
UN
CRIMEN

Mar Montes

Cuando Cintia, una psicóloga especializada en relaciones de pareja, descubre que su marido la engaña, su vida da un vuelco. A partir de ese momento, se debatirá entre recomponer su relación, siguiendo los consejos que da a las parejas que acuden a su consulta, y el deseo de acabar drásticamente con su matrimonio matando a su marido. Sin embargo, no resultará tan fácil como ella quisiera.

*Para Belén
Gracias*

Traición

Un retraso. Todo empezó por un retraso que no había tenido por qué ser. Pero fue, y así es como la casualidad puede llevar a lo irreparable...

—Me voy.

Mario, sin quitarse los cascos, asintió y ella hizo un gesto de despedida con la mano, no sin notar que él miraba el reloj. Sí, ese domingo iba a llegar más tarde, se le había echado el tiempo encima. ¿Haciendo qué? Ni lo recordaba. Al pasar delante del retrato de familia que había sobre el mueble del recibidor reparó en que, otra vez, se le olvidaba el álbum. Se dio entonces media vuelta y se dirigió a su despacho. No sabía hasta qué punto las imágenes del pasado podrían rellenar los huecos creados por el alzhéimer, esa enfermedad imparables que destruía a pasos de gigante la memoria de su madre. En todo caso, esperaba que el álbum le ayudara a convencerla de que ella era su hija. La última vez se había empeñado en llamarla por el nombre de su tía Eulalia, ya muerta, y Cintia no había querido quitarle a su madre la ilusión de creer pasar unos momentos con alguien tan querido como su hermana mayor. Sin embargo, a menudo, no era capaz de asociarla a nadie de la familia y reaccionaba arisca ante alguien que consideraba una extraña. Solía entonces mostrarse inquieta, llegando hasta el punto de llamar agitada a alguna de las cuidadoras para que la llevaran lejos de aquella intrusa molesta. Hacía unos días, le habían dicho que el médico vería a su madre esa semana y que, seguramente, le ajustaría la medicación. Es-

peraba, pues, poder pasar con ella unos momentos más agradables que los últimos, aunque, vista la hora, durante bastante menos tiempo. En la residencia eran tajantes con el horario de la cena; con tanto paciente hubiera sido difícil gestionar las excepciones. Por suerte, su madre había perdido la noción del tiempo y, desde luego, no se acordaría de que el domingo anterior le había prometido estar allí, como muy tarde, a las cinco. Las cinco, las seis, ¿qué significaría eso para ella ahora? Su madre vivía en un mundo donde el tiempo tenía otro sentido o, quizás, ya no lo tuviera, pues recuerdos de varias épocas parecían superponerse en su mente de tal manera que la realidad resultante contradecía cualquier lógica temporal. Se entretuvo todavía un buen rato buscando el álbum. No estaba en ninguno de los cajones donde pensaba encontrarlo. Así que se puso a recorrer con la vista las estanterías que cubrían las paredes. «Debería habérmelo dejado preparado», se dijo. En ese momento, oyó los pasos de Mario en el pasillo, dirigiéndose hacia el recibidor. Iba a salir a preguntarle si había visto el álbum con sus fotos de pequeña cuando lo oyó abrirle la puerta a alguien. ¿Cómo había podido saber con los cascos puestos que llamaban a la puerta? Ni ella misma había oído el timbre.

—Sí, tenemos un par de horitas...

—He esperado un poco en el coche, por si veía a alguien saliendo de tu portal. Pero no he visto a nadie.

—Se ha ido hace un rato, ven aquí, que no hay que entretenerse —oyó decir a un Mario de lo más meloso.

A través de la puerta entornada de su despacho, Cintia vio a una mujer quitándose el suéter delante de su marido.

—¡Sorpresa!

—Este es nuevo —dijo Mario admirando el sujetador de encaje rojo con motivos florales.

«¿Nuevo? ¿Desde cuándo se ven?», se preguntó Cintia. Se quitó bruscamente la chaqueta, como si aquel gesto pudiera contrarrestar el calor que le estaba invadiendo el

cuerpo. Al hacerlo, golpeó el perchero vacío, que empezó a bambolearse dispuesto a caerse al suelo. Cintia lo sujetó, extrañada de haber tenido los reflejos suficientes para evitar la caída. Tenía la cabeza embotada por mil preguntas y lo último que le importaba era aquel perchero o el ruido que podría hacer contra el suelo. ¿Que la oyeran no sería lo mejor para salir de aquella situación ridícula?

—Qué pena, Marta, que lo vayas a llevar tan poco tiempo puesto —dijo Mario bajándole uno de los tirantes y besándole el hombro.

—¿Por qué? ¿Qué me vas a hacer? —preguntó ella con picardía.

—Pues voy a empezar comiéndote el pecho y, luego, voy a bajar poco a poco hasta devorarte...

Una risa de placer interrumpió la explicación y Mario se puso manos a la obra mientras Cintia aplastaba la espalda contra la pared como si buscara que esta se la tragara. Sonidos de dos cuerpos que se buscan ansiosos le llegaban como un eco lejano que se perdía a medida que su cabeza le daba más y más vueltas. Sintió que las piernas le temblaban y se quiso sentar, pero no estaba segura de poder llegar a su butaca. Así que se quedó allí, de pie, pegada a la pared, siguiendo las irregularidades del gotelé con las yemas de los dedos. Cerró los ojos, preguntándose si aquello no sería un mal sueño, pero, al abrirlos de nuevo, los muebles de su despacho aparecieron delante de ella tal como los había dejado unos segundos antes: la mesa y la butaca a su izquierda y, delante de ella, dos sillones cara a cara; uno, el de sus pacientes, mirando a la puerta y a la pared donde se apoyaba, el otro, dirigido hacia la ventana y la biblioteca con sus manuales y libros de referencia. Fuera, empezaba a atardecer y el sol entraba oblicuo mostrando una pantalla de finas motas de polvo en suspensión. Probablemente, las mismas que había barrido unas horas antes con el plumero de todas las superficies de aquella habitación. Las mismas que habría que volver a limpiar una vez se po-

saran de nuevo. Se puso la chaqueta y cogió el bolso que había dejado encima de la mesa, junto a su ordenador. Salió al pasillo y avanzó hacia la puerta de entrada con la extraña sensación de tener los miembros de cartón, ligeros y frágiles al mismo tiempo. Desde su dormitorio le llegaban jadeos amortiguados por la barrera de la puerta que Mario y aquella mujer habían cerrado antes de tirarse en la cama. De una zancada pasó por encima de las prendas que jalaban el suelo del recibidor y abrió la puerta. Antes de atravesarla, un estúpido deseo estuvo a punto de hacerle dar marcha atrás y se paró mirando hacia el suelo. El sujetador rojo estaba allí, triunfante, encima de la camisa y de los pantalones de Mario. Cintia tuvo que retenerse con todas sus fuerzas para no llevárselo a la cocina y hacerlo trozos con las tijeras de cortar el pescado. Cerró la puerta tras de sí, tal como lo hacía siempre: sin apenas ruido. Hasta el más leve empujón podría suponer para la vecina del piso de arriba «un portazo ensordecedor», y mejor llevarse bien con las vecinas. La que tenía en esa misma planta también era para echarle de comer aparte. Alguna vez que había llamado a su timbre para decirle o pedirle alguna cosa, Cintia la había sentido tras la puerta, escrutándola por la mirilla, pero sin abrirle. Desde luego, si alguna vez tenían una emergencia, estaba claro que con ella no podrían contar. «Qué le habremos hecho», se había preguntado más de una vez. Cintia tenía la impresión de que, si la vecina estaba para salir y notaba ruido en el rellano, se alejaba de la puerta para evitar cruzarse con ellos. En esa ocasión, por una vez, Cintia se alegró. Lo último que quería en esos momentos era encontrarse con una vecina que, al verle la cara, le preguntara qué le pasaba.

Al salir por la puerta del edificio, Cintia se dio cuenta de que llevaba las llaves del coche en la mano. Su cerebro seguía funcionando en segundo plano, mandando órdenes al resto del cuerpo. Era como si lo que acababa de vivir fuera una mera interrupción del plan original de coger el coche e

ir a la residencia. Su cuerpo la llevó junto al vehículo. No estaba, sin embargo, de ánimo para conducir y, mucho menos, para ver a su madre y enfrentarse a preguntas que ya había contestado una y otra vez. Se sentó en el coche y metió la llave en el contacto, pero, en vez de girarla, la dejó allí, con el llavero en forma de mariposa balanceándose en el vacío. Apoyó los antebrazos en el volante y la cabeza en ellos. Empezó a contar. ¿No era eso lo que les aconsejaba a los pacientes? «Cuando no puedas bloquear los pensamientos negativos con otros positivos, ponte a tararear una canción, a recitar una poesía o a contar hasta cincuenta». Había momentos para repasar lo que hacía daño, para diseccionar, analizar y neutralizar sus efectos. Otros, mejor no enfrentarse a ello, pues la avalancha de sentimientos podía dejar muy tocados todos los mecanismos de defensa. Más tarde quizás, ahora había que cerrarles el paso. «Treinta y dos, treinta y tres, treinta y cuatro...». Sin olvidar la respiración, tomando el aire por la nariz y expulsándolo despacio por la boca. Por suerte, un domingo, a esa hora, no pasaba casi nadie por esa calle. No corría el riesgo de que alguien se preguntara qué hacía metida en el coche sin hacer amago ni de arrancarlo para partir ni de salir de él tras haber aparcado. Pasó un largo rato, interminable incluso. Cintia había contado hasta doscientos, pensado en las cosas que no debía olvidar la próxima vez que fuera al supermercado, repasado los casos de los pacientes que vería la semana que estaba a punto de empezar, pero no había sido suficiente. ¿Quién era aquella mujer? ¿Cuánto tiempo duraba aquello? Una serie de escenas cobraron sentido. Ventanas del ordenador que Mario había cerrado al acercarse ella a preguntarle alguna cosa. ¿Sería un *e-mail* que la dueña del sujetador rojo le había enviado? Más reuniones a horas intempestivas o cambios de horarios a los que ella no había prestado atención porque, al fin y al cabo, cada vez hacían menos cosas juntos. Pero la memoria es caprichosa y no deja siempre centrar el recuerdo en lo que se quiere. Pron-

to le vinieron a la mente los gemidos escuchados momentos antes. Esa pasión arrebatadora que nunca había visto en Mario. Esos sonidos, como si fuera a ahogarse, que le salían de la garganta. Esa impaciencia y esa ansia, rozando lo animal, que ella nunca había conocido con él. Ganas sí, aunque rara vez tan bruscas y que, conforme pasaban los años, se iban manifestando de manera más esporádica.

Un extraño presentimiento le hizo volver a la realidad. Miró hacia su edificio, donde la pesada puerta de cristal y acero acababa de cerrarse ruidosamente. La otra acababa de salir y se dirigía calle arriba buscando algo en su bolso. «Las llaves del coche», se dijo Cintia. Un sonido de puertas que se desbloquean a distancia y las luces que parpadean un instante después le indicaron cuál era el coche. Uno rojo, como tantos otros. Se obligó a fijarse en él para evitar caer de nuevo en la espiral de preguntas que la bloqueaban desde hacía un buen rato. No pudo, sin embargo, mantener mucho tiempo la atención en aquel vehículo. No era ni nuevo ni muy viejo, ni grande ni pequeño, tan solo un coche rojo cualquiera. Cintia movió la cabeza como si quisiera sacar de una sacudida la imagen del sujetador de flores de su mente. Arrancó el motor y empezó a maniobrar para estar lista cuando el coche rojo saliera en dirección a la avenida. Al llegar al cruce, torció como la otra hacia la derecha, no sin dejar pasar un coche para que se colara entre ellas. La siguió, así, con uno o varios coches por medio para no hacerse notar. Al pasar el semáforo a la altura de la gasolinera, aceleró. Se acababa de poner en rojo, pero no quería perderle el rastro, sobre todo ahora que parecía que la otra se metía en la tan transitada autovía. No, no podía perderla. Si había decidido seguirla era porque quería saber quién era. Tenía que encontrar respuestas, si no, pasaría los días siguientes perdida en conjeturas y especulaciones que sabía no llevarían a ninguna parte. Los jadeos que había escuchado momentos antes volvieron insistentes a su cabeza y encendió la radio para distraerse. Cambió varias

veces de cadena, hasta encontrar una música que la reconfortara. No estaba para escuchar ritmos intensos ni machacones. Al devolver la vista al tráfico vio delante de ella dos coches rojos muy parecidos. ¿Cuál era el que intentaba seguir? Paseó la mirada del uno al otro varias veces sin conseguir responderse. ¿Cómo no se había fijado en la marca o en algún otro signo distintivo? Al ir a más velocidad que por las estrechas calles que habían dejado atrás, los coches que la precedían habían empezado a aumentar la distancia entre ellos. Desde tan lejos, era difícil distinguir quién conducía cada uno de los coches rojos. Debía adelantar a toda costa a los otros dos vehículos que tenía delante. El carril de la izquierda estaba, sin embargo, muy concurrido y pasaron largos minutos hasta que pudo ocuparlo para avanzar posiciones. Justo cuando estaba llegando a la altura del coche rojo más cercano, el otro giró hacia la derecha para tomar la salida. En ese momento, alcanzaba a ver quién conducía el coche rojo que tenía al lado: era un hombre. El de la otra se perdía, al mismo tiempo, tras la curva de la salida de la autovía que Cintia ya no podía tomar. De la rabia dio un manotazo al salpicadero, como si hubiera sido culpa del coche en vez de una distracción suya. Alrededor de ella el tráfico se fue espesando. Hasta entonces no había caído en la cuenta de lo poco inteligente que había sido alejarse por la autovía en aquella dirección. Un domingo por la tarde, si el equipo local jugaba en casa, aquel era el peor sitio donde se podía encontrar. Poco a poco, quedó atrapada en un atasco que avanzaba como una oruga y perdiendo la oportunidad de escapar por las sucesivas salidas. No había manera de dejar el carril izquierdo, por mucho que indicara con el intermitente su deseo de incorporarse al de la derecha. Los coches de ese carril la ignoraban y se pegaban al que tenían delante temerosos de quedarse aún más relegados en aquel desesperante atasco. «Nada como un volante para dejar salir lo peor de nosotros mismos», suspiró para sí, preguntándose si conducir una máquina hacía que la

gente se identificara con ella y perdiera la empatía y los buenos sentimientos hacia los demás. Para cuando pudo tomar una salida y cambiar de sentido, estaba a más de una hora de casa. Esa hora de distancia se convirtió en dos, pues el atasco de la ida había provocado un accidente que hacía que los del sentido contrario aminoraran el paso para ver bien lo que había pasado.

«Marta», la había llamado él en un par de ocasiones. ¿Dónde la habría conocido? ¿Por internet o en algún sitio real? Con lo poco que salía no había tenido muchas ocasiones de encontrársela. La vida de Mario transcurría prácticamente entre su trabajo y su música. Si había sido por internet, entonces no habría sido un encontronazo fortuito. Él la había buscado, con premeditación y alevosía. Se habían buscado. Si la otra sabía que él estaba casado, no parecía importarle. Quizás ella también lo estuviera. En todo caso, daba esa impresión, y sería un poco más joven que Cintia, pero de guapa tenía poco. El pelo era bonito, eso había que admitirlo, pero lo que había entre la raíz del pelo y la punta de los pies no valía gran cosa. Mario apreciaría el pecho abultado, pero ¿aparte de eso? Tampoco sería la conversación. «¿Qué me vas a hacer?», la imitó Cintia con sarcasmo. «¿Has nacido así o te diste de pequeña con un poyte?», le soltó a una Marta imaginaria. ¿Qué profesión podía tener una mujer como esa? Se la imaginó de cajera, pasando aburrída los productos por el escáner. Era, sin embargo, consciente de que si lo hacía era simplemente porque no quería atribuirle un trabajo mejor que el suyo. Aunque, si fuera una ejecutiva de altos vuelos, ¿tendría tiempo para una relación extramatrimonial? Ella tampoco se podía decir que fuera una exitosa psicóloga, pero entre los pacientes, los cursos y las charlas no le quedaba mucho tiempo para otra cosa; para leer, en todo caso y, a menudo, algo relacionado con su trabajo. El coche de delante frenó de repente y Cintia estuvo a punto de estamparse contra él. Miró por el retrovisor; el de detrás también había estado

a escasos centímetros de darle. Tenía el corazón acelerado, aunque no sabía hasta qué punto era resultado del susto que se acababa de llevar o si estaba batiendo ya a ese ritmo desde la conmoción de unas horas antes. Intentó calmarse, pero la angustia de verse encerrada, rodeada de coches, no ayudaba. No sabía si gritar, jurar o llorar. La claustrofobia que le causaba el lento tráfico no era nada comparada con la que le provocaba su desánimo. «Reflexiona, Cintia». Era curioso que se tuviera que obligar a hacer tal ejercicio. Estaba tan acostumbrada a analizar a sus pacientes que no podía evitar, a cada paso, fijarse en el comportamiento de los demás. «Deformación profesional», se excusaba cuando Mario se lo hacía ver. Por qué, entonces, nunca prestaba atención al suyo propio. «¿Cómo te sientes?», se preguntó, como solía hacer con sus pacientes. «No lo sé», la respuesta llegó desde algún lugar remoto dentro de ella. ¿Había dejado de querer a Mario o era la madeja enmarañada de sentimientos que tenía en esos momentos lo que no le dejaba ver con claridad? Herida sí estaba, claro. Herida porque a Mario no le hubiera bastado con ella. Pero ¿de quién era la culpa? Ninguno de los dos dedicaba mucha atención al otro. Se habían instalado, desde hacía muchos años, en una rutina en la que ninguno hacía esfuerzos por saber qué necesitaba el otro. También se sentía traicionada; aunque tuviera una idea del amor menos romántica que la mayoría de sus pacientes. Sabía que no duraba para siempre, pero, al menos, hubiera esperado algún signo, alguna discusión previa, algún reproche. Ya de vuelta en su calle, Cintia aparcó el coche mientras repasaba mentalmente las conversaciones que habían tenido en los últimos tiempos. Nada. No encontró nada que la hubiera debido alertar. Tampoco es que hablaran ya mucho, más allá de cómo les había ido el día o de si había que comprar esto o aquello. No se comunicaban bien. Qué ironía. Con sus pacientes no dejaba de hacer hincapié en lo importante que era la comunicación con la pareja, la necesidad de prestar

atención a los sentimientos del otro, de pararse a pensar sobre lo que el otro había dicho antes de contestar de manera irreflexiva. Y ella no lo aplicaba nunca en su relación con Mario. ¿Qué necesitaba él? Hasta entonces, Cintia había pensado que le bastaba con sus momentos de aislamiento, escuchando música con los cascos puestos, para deshacerse del estrés del trabajo, que necesitaba espacio, y se lo había dejado. Hasta el punto de que, bien analizado, habían terminado siendo más bien compañeros de piso que pareja. ¿Por qué había dejado Cintia de prestarle atención a Mario? No podía decir que su trabajo la absorbiera mucho. Apenas hablaba de eso con Mario y, teniendo su consulta en casa, tampoco le obligaba a alejarse a menudo. Algún congreso sí, pero, como mucho, uno o dos al año. No, no debía de ser la distancia, sino la monotonía, la que los había llevado hasta allí. Otra cosa no había. Dejó el bolso y se quitó la chaqueta sin reparar en lo oscura que se encontraba la casa, tan absorta estaba en sus pensamientos. En algunas de las parejas que trataba, la tensión crecía con la llegada de los hijos. Mario, sin embargo, no tenía esa excusa; no tenía que competir con nadie más en casa por el tiempo y el cariño de Cintia. Niños. Cuando se casó, ella anhelaba tanto tenerlos... Pero pasaron los años y su vientre seguía yermo. Pasaron también las pruebas y los tratamientos, cada vez más molestos, a pesar de que era él el que tenía el problema y no ella. La luz del dormitorio también estaba apagada. Mario se había ido a dormir bien pronto. «¿Has tenido una tarde agotadora, cariño?», susurró Cintia con cinismo. Durante años, su cuerpo se había convertido en un banco de ensayo, recibiendo pastillas, inyecciones, inseminaciones. Con cada fracaso, los intentos ganaban en intensidad y el proceso era más doloroso; durante el tratamiento, pero también después, una vez que el embarazo no se materializaba. Él le apretaba la mano como para significarle que estaba allí; alguna vez incluso la abrazó. Ella le había perdonado que conforme se acumulaban

las decepciones, cuando más necesitaba su apoyo y consuelo, él tratara la cosa con una indiferencia creciente. Los hijos habían sido algo importante para ella, pero había renunciado a ellos por él, por quedarse al lado de aquel hombre que tendido en su cama respiraba pesadamente con la boca abierta. La rabia volvió azuzada por el subir y bajar despreocupado del pecho de Mario. Lo miró detenidamente y no vio ninguno de los rasgos que le habían atraído de él años atrás. Nunca había sido guapo, pero siempre había prestado atención a su aspecto. Siempre iba bien afeitado y aseado. Era capaz de subir a cambiarse si al sentarse en el coche descubría un lamparón en su camisa. Cintia sospechaba también que se arrancaba las canas. En todo caso, a su edad, debería tener más que las pocas que quedaban a la vista. Bocarriba en la cama, sin embargo, su mentón dejaba al descubierto parches blancos entre la barba castaña que empezaba a crecerle. Su viejo pijama lucía manchas que, hacía bastante tiempo, Cintia había decidido dejar de tratar, pues estaba claro que ya nunca desaparecerían. A pesar del aspecto desaliñado que tenía en esos momentos, su cara, sin embargo, ganaba en comparación con la que mostraba a diario. Los surcos de la frente y las arrugas en torno a sus ojos aparecían difuminados gracias a ese sueño tranquilo y reparador en el que estaría posiblemente rememorando los mejores momentos del día. La felicidad que reflejaba fue el último empujón que la rabia de Cintia necesitaba. Cogió su almohada y se acercó a Mario. La colocó delante de ella de tal manera que la cara de Mario desaparecería de su campo de visión en cuanto comenzara a acercársela para apretarla contra su nariz y su boca. No quería verlo ni un segundo más. Respiró profundamente y sus dedos se crisparon sobre la mullida almohada.

Un par de semanas más tarde, Cintia estaba de nuevo con la espalda contra la pared de su consulta. Minutos antes, le había dirigido un gesto de despedida a Mario y ha-

bía amagado con irse. Por precaución, había abierto la puerta de la entrada para después cerrarla con un ligero pero decidido portazo que él debería haber oído. Mario estaba escuchando música, pero, por alguna razón, tenía solo un casco pegado a la oreja; el otro lo había empujado hacia atrás como cuando iba a llamar por teléfono. «Se acaba de ir ahora mismo», oyó que le decía a alguien. Pasó un breve momento, y escuchó: «Vale, te espero». La decepción se oía en su voz, la otra debía de estar todavía lejos. Cintia respiró profundamente, no estaba segura de que Mario esperara sentado con los cascos puestos. Ese día estaba inquieto, no dejaba de mirar el reloj y, en la última hora, se había pasado más tiempo levantándose por cualquier tontería que escuchando música. «Por Dios, que no se le ocurra venir aquí», pensó Cintia mientras afinaba el oído intentando adivinar lo que estaría haciendo Mario. La espera también iba a ser larga para ella, larga y estresante antes de que la otra llegase; larga y penosa una vez que estuviera allí y empezaran a manosearse a unos metros de su despacho. Pensó en el sujetador de encaje rojo e instintivamente dirigió la mirada hacia su mesa de trabajo para comprobar si había unas tijeras en el bote de los lápices. Allí estaban y su mente las colocó en su mano derecha, mientras que en la izquierda sostenía el sujetador rojo. Pasarse en bucle las imágenes de lo que haría la próxima vez que viera aquel maldito sujetador la calmó unos momentos. Las tijeras hacían trizas una y otra vez la prenda. Algunas veces, empezando por los tirantes; la mayoría, cebándose con las florecitas de colores. De pronto, su fantasía destructora fue interrumpida por los pasos de Mario en el pasillo. El cuerpo de Cintia se tensó por el miedo a ser descubierta y se puso a buscar por todo el despacho algo que pudiera utilizar de excusa para justificar su presencia allí. El álbum ya no podía ser. Se lo había llevado el día anterior a su madre. No le habían podido dedicar mucho tiempo a recorrerlo, pues esa había sido una visita improvisada y, sobre todo, corta, de la